

UNA RAZA QUE DESAPARECE

—

LOS INDIOS

TEHUELCHES

POR

RAMÓN LISTA

Miembro activo de la Academia Nacional de Ciencias
de la República, etc. etc.



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE PABLO E. CONI É HIJOS, ESPECIAL PARA OBRAS

680 — CALLE PERÚ — 680

—
1894

LOS INDIOS TEHUELCHES

À ESTE LIBRO SEGUIRÁN EN BREVE:

Indianas.

Viaje á los Andes.

El límite con Chile.

UNA RAZA QUE DESAPARECE

—

LOS INDIOS

TEHUELCHES

POR

RAMÓN LISTA

Miembro activo de la Academia Nacional de Ciencias
de la República, etc. etc.



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE PABLO E. CONI É HIJOS, ESPECIAL PARA OBRAS

680 — CALLE PERÚ — 680

—
1894

DOS PALABRAS

Las páginas que siguen han sido escritas bajo la choza del salvaje pagón, siempre hospitalario y cariñoso con el viajero.

Para darme cuenta cabal de la vida de tribu; para sondear el pensamiento y el corazón de los hijos del desierto, he sacrificado muchas horas de tranquilidad, he tenido que vencer muchos obstáculos, sufriendo estoicamente la maledicencia y la perfidia, que traen aparejadas las dos grandes virtudes de estos tiempos decadentes: la envidia y la alevosía.

Es este, pues, un libro de verdad, escrito con todo el interés que inspira una raza próxima a desaparecer de la escena del mundo.

Dedicola á mi buen amigo el Dr. Bartolomé Galiano.

Nada más.

R. L.

Enero de 1894.

INTRODUCCIÓN

La hora postrimera de un pueblo, ya sea civilizado ó salvaje, reviste siempre un carácter de suprema solemnidad.

Tiene la amargura de todas las catástrofes de la historia, es la tragedia siempre nueva de las razas.

Un día un viajero se detiene al borde del más grande de los ríos de América. A su margen se halla una choza y en ésta un anciano que acaricia un loro. “Cuando yo y este pájaro hayamos muerto ya nadie volverá á hablar nuestra lengua”, balbucea tristemente el salvaje.

El cuadro no puede ser más melancólico, ni más amarga la frase.

Se dice y se repite que la extinción de las razas superiores, obedece á una ley fatal; pero ha debido agregarse un comentario: extinción es refundición, incorporación, pero no aniquilamiento implacable y artero por un instinto de malignidad civilizada, y tácitamente consentida por los que mandan.

Se ha acusado de crueldad á los conquistadores españoles: se ha dicho que fueron tan bárbaros como los mismos Caribes á quienes dominaron; pero no se ha mostrado el reverso de aquellas atrocidades, si las fueron; las sabias y humanitarias medidas dictadas por La Gasca en favor de los indios del Perú, confirmadas por el virrey Mendoza, reflejadas en las crónicas de la época.

Se recuerdan las crueldades de la soldadesca batallando á tres mil leguas de Europa; pero se olvidan las ordenanzas humanitarias inspiradas por los reyes de España, y los cla-

mores de fraternidad humana que han ilustrado los nombres de Las Casas, de Ondegardo, del obispo Valverde.

La historia de la expansión territorial de Chile y la Argentina tiene también sus páginas sombrías. La conquista moderna de la Pampa lleva en sí un sello de crueldad que hace poco honor á la tan decantada civilización de nuestra época.

Algún día se ha de escribir la relación fehaciente, documentada, de las atrocidades cometidas con las tribus Mapuches, y cuando á ella se agreguen las sangrientas escenas de que ha sido teatro la Araucania y el Gran Chaco, el filósofo no podrá menos de reconocer en el hombre toda la ferocidad del tigre, disimulada por fementidos propósitos de redención, cuando en realidad sólo le guía su instinto destructivo: “Raspad el ruso y encontrareis el tártaro”.

Nuestro siglo es siglo de egoísmo : el móvil único del hombre es la riqueza : su corazón está vacío de creencias y de esperanzas ; lo que no es aritmético le es indiferente.

Sólo así se explica el silencio en torno de las agrupaciones indígenas que van desapareciendo, no por la ley del evolucionismo natural, sino por la pólvora y el licor, por la crueldad sin freno de los unos y la rapiña imperante de los otros.

Hoy mismo, á esta misma hora, estamos presenciando el hundimiento de una raza americana, antigua, que aunque más no fuese por interés científico, ya que no por sentimiento humanitario, habríamos debido proteger y dejar que poco á poco se fundiese en las masas civilizadas.

Nos referimos á los indios tehuelches ó patagones, que viven nómades en los campos de Chile y de la Argentina, desde el Chubut al Estrecho de Magallanes.

Numerosos, á fines del pasado siglo, hoy

forman un reducido núcleo de seres desgraciados, sin voluntad propia, á merced de foragidos que se dicen hombres civilizados, porque articulan nuestra propia lengua y usan chaqueta, aunque en realidad son más salvajes que los indios, siendo sus corruptores y espoliadores, sin que haya freno alguno que reprima sus atentados y rapiñas, sin que haya una ley que castigue sus crímenes de todo momento; que crimen es ultrajar el pudor de las mujeres, aunque éstas sean salvajes, quitar al hombre su medio de locomoción, su ganapán, su caballo; pervertir el sentido moral de los niños, enseñarles de la civilización todo lo malo y nada de lo bueno; sembrar en su espíritu la desconfianza y el temor; embriagarles, arrebatárles sus mantas de pieles, llevándolos de aquí para allá como un rebaño.

Es verdaderamente inconcebible lo que sucede; diríase que pesa sobre ellos una maldición divina: son los propietarios origina-

rios de la tierra en que habitan y esa tierra no les pertenece, ni siquiera poseen una parcela, donde puedan descansar al término de la jornada: han nacido libres y son esclavos; eran ayer robustos y de cuerpo agigantado; hoy la tisis les mata, y su estatura se amengua. Todo les es contrario, el vacío les rodea, van á desaparecer. ¿Y qué hacen los gobiernos? Nada. Los ven morir con la misma impasibilidad con que el César veía morir á los gladiadores en el circo... — Los que van á morir te saludan — podrían decir los tehuelches al gobernante argentino, y también al chileno.

El comerciante-foragido de Punta-Arenas, el comerciante-rapaz de Gallegos,—he ahí los dos elementos de extinción; los deja el uno, los toma el otro: salen de las llamas y caen en las brasas: el hombre indígena es una cosa que les pertenece.

Preguntad á esos Mercurios abyectos, qué es el indio? y os responderán que es una bes-

tia. Decidles que son el azote de una raza, y os replicarán que los indios deben morir; pedidles conmiseración para el pobre salvaje, y de sus labios sólo brotará una blasfemia; no tienen Dios, no obedecen á ninguna ley.

Perseguidlos en Gallegos, pasarán la frontera, se refugiarán en Chile: perseguidlos allá, volverán á la Argentina.

Tal es el drama que se desenvuelve en el extremo austral del continente: tal es la orgía del bandolerismo en presencia de dos gobiernos civilizados que, ya sea por indiferencia, ya por otra causa, se cruzan de brazos y dejan que así perezca una raza interesante por más de un concepto, digna de ayuda, digna de piedad.

Bastaría una voz enérgica en el parlamento argentino y otra en el chileno, para conservar aún por muchos años las reliquias de la raza tehuelche. Díctese en ambos países una ley de reserva agraria, modelada sobre el texto.

de la más reciente de Norte-América en favor los Sioux, prohibase bajo penas severas el expendio de alcoholes en los campamentos indígenas: créense escuelas infantiles en los mismos bajo la dirección de virtuosos misioneros, y ambos gobiernos no tendrán sino motivos de regocijo, si es que lo hay en una noble acción, en dar la mano al que ya está al borde del abismo insondable.

Ojalá que mi voz inspirada por un sentimiento humanitario, halle en Chile como en la Argentina un eco simpático y un corazón que sepa interpretarla.

LOS INDIOS TEHUELCHES

I

La antigüedad del hombre de América se pierde en las tinieblas de los tiempos prehistóricos.

Tiahuanaco ! Palenque!--ruinas admirables de embrionarias civilizaciones desaparecidas.

Templos, aztecas, monumentos incásicos : he ahí los rotos eslabones de una raza más moderna, pero no menos interesante !

Cuando los pueblos no pueden deletrear la cifra del pasado, rodean su cuna con las ficciones de la fábula. Quetzalcoatl, Manco-Capac : he ahí el gran dualismo de la leyenda mítica americana.

Los Tehuelches tienen también su mito he-

roico: *El-lal*. Esta voz me recuerda á *Éa*, espíritu prominente, fundamento de todo lo creado, y también á *Ilu*, á *El*, á *Elhoim*, á *Allah*; á todas las transcripciones semíticas de la palabra Dios. El-lal es el sér fuerte, sabio, benéfico, autor del Cosmos. Hizo á los Tehuelches ó *Tzonekas*. Purgó la tierra de los animales feroces que la infestaban; enseñó al hombre el secreto del fuego; le dió armas, le dió abrigo; inculcó en su corazón la primera idea de moral. Por su acción se asemeja á Hércules; pero sus “trabajos” son menos varios, su alma menos ruda, menos humana.

La tierra estaba desierta. Llega El-lal, lucha con las fieras, somete el *puma* á su imperio, conquista al zorro, humilla al cóndor. No ha nacido: Nosjthej, especie de Saturno, le arranca vivo del vientre de la madre victimada: quiere devorarlo: un roedor acude en su auxilio y le oculta en lo más recóndito de su cueva.

Va luego de aquí para allá ; vence al gigante *Goshg-e*; pide en matrimonio á la hija del Sol, y es engañado.

Entonces termina su misión, se metamorfosea en avecilla, y, llevado en las alas de un cisne, se aleja para siempre de la ingrata tierra de sus proezas; cruza el dilatado mar, se posa allá y acullá en islas verdeantes que surgen de las flechas divinas que arroja, y va á hundirse después en lo desconocido.

Esta versión mitológica es rigurosamente exacta: la he oído de los labios balbucentes de los viejos tehuelches: de Papón, de Jatachua.

Cuando ellos eran niños,—allá á principios de este siglo,—cuando en los toldos numerosos reinaba la franca alegría antigua, y cuando cada noche al són del tamboril y al resplandor de las hogueras danzaban empenachados los ágiles mocetones, en medio al círculo voringlero de las chinas airosas y ataviadas; en

aquella edad de oro para el pueblo Tzóncca, edad que desapareció para nunca más volver, Jatachuena y Papón oyeron referir la interesante leyenda, y mal que bien se grabó en la memoria de ambos.



Cuenta la tradición que El-lal vino del Oriente, pero luego no más se pasa por alto este detalle, y agregan los ancianos, que la montaña oyó el primer vagido del Dios.

Nosjthej, el padre de El-lal, mata á su mujer, ábrele el vientre con tajante pedernal, y arranca el feto que ansía devorar; pero en tan supremo momento siente un ruido extraño bajo el suelo que se estremece, y quédase en suspenso, y olvida al niño.

Aparece entonces un roedor—*Térquerr*— que coge á El-lal y va á esconderle en el sitio más recóndito de su morada.

En vano Nosjthej, repuesto de su sorpresa, intenta realizar su abominable propósito: sus manos chorrean sangre; la cueva es profunda y estrecha. Arde en su mirada la cólera salvaje, grita con voz de trueno que repercute en los Andes; pero todo es inútil: el Dios seguirá creciendo al amparo protector de la tierra.

Nosjthej vuelve los ojos extraviados sobre el cadáver sangriento de su víctima.

¡Oh portentoso! Una fuente cristalina fluye del vientre herido... Y pasan los años y los siglos se suceden á los siglos, y ahí está, frente á Teckel, camino de Ay-aike al Senguerr, el manantial maravilloso, *Jentre*, en cuyas aguas se han bañado muchas generaciones de niños Tzónekas.

Los primeros años de El-lal pasaron ignorados en la soledad del desierto.

El roedor fué su sostén, le enseñó á comer yerbas, le abrigó en su nido de lana de guanaco; le hizo conocer los senderos de la mon-

taña. El-lal siguió creciendo, inventó el arco y la flechá, y muy pronto dió principio á sus correrías vagabundas. Al volver cada noche á la cueva traía algún pajarillo cazado con sus armas divinas.

— Ten cuidado—le decía el roedor— las fieras son hijas de la osbcuridad.

El-lal se sonreía.

Una mañana iba éste siguiendo el borde sinuoso de un torrente: de improviso le acomete una puma enorme. Arma su arco, silba la flecha certera y va á herir en el ijar al cruel felino, que lanza un rugido pavoroso. Otro rugido le responde. El-lal se halla entre dos fieras: la una herida, pero en pie; la otra, aún más temible, oculta en la maleza.

El cazador está sonriente; ni siquiera ha vuelto á armar el arco. Luego sigue su rumbo, trepa á una colina, descende á un valle, se acerca al borde de un río caudaloso, coge algunas piedras de su lecho, se aparta un tanto de la orilla, reúne aquí y allá peque-

ños trozos de leña, desmenuza unos, rompe otros... y el fuego brilla por primera vez en la soledad de los campos.

Otro día más que pasa. El-lal ve un cóndor parado en la cúspide de un cerro. — Dame una pluma de tus alas para poner en mi flecha. — Imposible! — le grita el pájaro — las necesito: son mi abrigo; con ellas hiendo el aire.

Insiste aquél, ruega, amenaza. — “Imposible!... Imposible!” — Y el cóndor despliega sus alas, remonta el vuelo, y ya casi desaparece en el espacio cuando El-lal arma su arco con cuidado, suelta la cuerda, vibra el aire... el ave desciende en revueltos giros: — “¿Qué pluma queréis? ¿qué pluma queréis?” — y llega á tierra con la garra entreabierta. El-lal le coje del cuello, le arranca las plumas de la cabeza, y le dice: Vuélvete á la cúspide del cerro.

El Dios-héroe tiene ya la fuerza y la muscu-

latura de la juventud ; ningún animal le resiste : el puma se le humilla, el zorro le acompaña en sus correrías ; el cóndor ya no le niega sus plumas. Todo está sujeto á su imperio ; pero un día reaparece Nosjthej.

— Yo soy tu padre, le dice. El-lal lo conduce á su antro. Le enseña sus armas, sus arcos, sus flechas, sus tallados perdenales, y sus hondas. Le enseña sus trofeos : las pieles de las pumas, los caparzones de los armadillos gigantescos, las alas enormes de los cóndores. Después coge un hueso, extrae la médula y se la ofrece con aire complacido...

Transcurre algún tiempo : Nosjthej es el amo ; el Héroe obedece, pero un día se subleva contra sus mandatos, y huye á esconderse en la montaña. Su padre le persigue... ya le alcanza.

El-lal se detiene un instante, hiere la tierra con el pie, lanza un grito estridente, y el bosque, la selva enmarañada se alza como una barrera insalvable delante del colérico padre.

La tierra ya se ha poblado de hombres, y un gigante, Goshg-e, siembra en ella el terror y la desesperación. Cada noche desaparece algún niño; el monstruo devora también al cazador extraviado.

El-lal sale en su busca, le encuentra al linde de la selva... pero el gigante es invulnerable... las flechas del Héroe se astillan ó rebotan... diríase que es invencible.

Las víctimas se suceden á las víctimas, el espanto no tiene límites.

El-lal toma entonces la apariencia de un tábano: busca otra vez á Goshg-e, se introduce arteramente en sus fauces, penetra en el estómago abominado, híncale el aguijón... El gigante se retuerce y lanza gritos nunca oídos, gritos que el viento arrastra sobre los campos como la última amenaza del monstruo...

Hay un lapso de tiempo en que todo es vago y misterioso, en que todo se confunde y con-

tradice. Época de transiciones violentas, en que se altera el orden de los acontecimientos. El-lal pierde casi por completo su carácter divino, toma un nuevo nombre; su cabellera va sujeta á la frente con la vincha indiana; el hacha de piedra y el dardo aparecen en sus manos: su albergue es de ramas entrelazadas. Otros seres como él le acompañan por todas partes; da caza á los guanacos; vigila en la noche. Tan pronto se le vé á la vera del bosque como al borde de la mar. Es ictiófago, es carnicero.

Nosjthej se llama entonces Tkaur,

El roedor dormita en su cueva.

Aparece Sintalk'n, guerrero 'poderoso y sagaz: lucha con El-lal. La sangre de los hombres empapa la tierra, y las bestias feroces vuelven á sus correrías destructoras.

Renace Goshg-e más espantoso: su frente sobrepasa á los cerros más altos.

Hasta la misma naturaleza parece conturbada: el sol se obscurece, la tierra palpita

en su corteza, el viento brama incesante.

El-lal ya no es un dios; su boca blasfema; en su corazón arden todas las pasiones de los hombres.

Sintalk'n! Sintalk'n! — Este nombre resuena al borde del océano y al pie de la montaña...

Pero el guerrero es vencido, y aprisionado... devorado. El-lal vuelve á ser omnipotente: solicita en matrimonio á la hija del sol y de la luna; pero éstas, no atreviéndose á rechazar abiertamente la alianza, se valen de un subterfugio para no acceder á la demanda: una sierva joven toma el vestido y el nombre de aquella; los emisarios de El-lal la reciben y conducen al lado del Héroe, quien luego no más descubre el engaño: su voz truená entonces contra el sol, y su arco le amenaza con las flechas más agudas...

Pero no termina aquí el mito Tehuelche.

Disgustado El-lal, va á alejarse para siempre del teatro en que se desenvuelve su obra

de Dios y de Héroc. Su misión ha terminado: ha hecho el hombre aborigene: ha purgado la tierra de los monstruos que la asolaban: ha echado la semilla primera de moral en el corazón de la criatura humana: hále enseñado el secreto de la combustión y los rudimentos de la industria naciente. Le ha dado armas, le ha dado abrigo de pieles, le ha dado albergue. Ha removido para él todos los obstáculos de la ingrata naturaleza y díchole: “Anda; el horizonte es tuyo”.

Metamorfoséase en avecilla; reúne á los cisnes sus hermanos; pósase sobre el ala del más arrogante, y en bandada rumorosa va á través de los mares, hacia el este, descansando en islas misteriosas que surgen de las ondas heridas por sus flechas invisibles.

—Allá, por donde andan los vapores, allá desapareció El-lal y los cisnes, sus hermanos,— me decía el anciano Papón.

II

Todos ó la mayor parte de los pueblos indígenas de nuestra América han conservado ciertas tradiciones religiosas, que, á pesar del tiempo y del natural evolucionismo de las ideas, se asemejan aún lo bastante para que supongamos que ellas derivan de una religión típica, perdida en época muy remota.

Esto hará suponer quizá que reconozcamos el origen común de las diversas naciones indígenas sud-americanas; mas no es así. Lejos, muy lejos estamos de admitir esa identidad, —que no repugna á muchos etnógrafos—y convencidos de su poco fundamento, la combatimos hoy como probablemente la comba-

tiremos mañana, pues que á medida que ahondamos en la investigación del supuesto parentesco entre los indígenas diseminados en el continente, desde el Golfo de México hasta las heladas islas del Cabo de Hornos, más y más nos convencemos de su poca consistencia, que desaparece totalmente cuando, por ejemplo, se pretende colocar en el mismo árbol genealógico agrupaciones humanas que se repelen como los Tehuelches y los Yaganes canoeros de la Tierra del Fuego, ó los Tobas selváticos del Chaco y los Araucanos de ambas vertientes andinas.

Cierto es que existen entre unos y otros, respectivamente, analogías físicas que sorprenden á primera vista, como es evidente que se asemejan bastante en sus usos y costumbres; pero ¡qué enorme distancia se advierte entre ellos cuando se les considera del doble punto de vista moral é intelectual!

En nuestra opinión, los indígenas sud-americanos reconocen diverso origen y proceden-

cia: unos representan el elemento autóctono, otros la invasión, la inmigración.

¿A qué grupo pertenece el Tehuelche?

¿A cuál los Yaganes?

En el primero creo descubrir la raza derivada del cruzamiento de las agrupaciones autóctonas, troglodíticas, con las hordas invasoras, primeras, salidas de la meseta de Bolivia.

En los segundos se me figura ver un eslabón desprendido de la gran cadena polinésica.

Pero, se me objetará tal vez que no siendo los indígenas sud-americanos de un origen común, mal han podido identificarse en sus ideas religiosas.

La respuesta se me ocurre fácil: los pueblos son por demás impresionables y supersticiosos y sus ideas religiosas giran siempre dentro de un círculo estrecho y sugestivo.

Y ved también que el hombre, cuando no puede explicarse los fenómenos de la natura-

leza, los individualiza y reviste con los atributos de la fábula, que toma de aquí ó de allá.

Ahora, imaginaos una época del mundo en la que en la América Meridional hierve un enjambre de tribus sin cohesión, unas autóctonas, otras procedentes de Asia, de Polinesia, de... Europa (?).

Todas ellas carecen de religión, ó simplemente reconocen dos ó tres principios fundamentales individualizados, genios tutelares ó malignos que guían ó estorban al hombre en sus pasos inseguros sobre la tierra.

Peró he aquí que luego surgen otras hordas menos bárbaras, y desde el Golfo de México avanzan rápidamente hacia el sud, combaten con sus armas de piedras ó de bronce, triunfan ó son derrotadas, pero dominan al fin á los pueblos aborígenas é imprímenles el sello moral que les es propio.

Hé ahí el momento en que se armoniza el pensamiento religioso.

Transcurren los años; la raza invasora pierde su carácter de tal, fúndese en la masa de los pueblos subyugados.

Este es el momento prehistórico en que evolucionan las ideas, desenvolviéndose la percepción religiosa en unos, ó cristalizándose en otros bajo la forma de las más absurdas supersticiones.

El mito de El-lal que para mi representa la prehistoria de las razas sud-americanas, narra la lucha guerrera entre los pueblos autóctonos y los invasores, y dejando entrever el pensamiento religioso que evoluciona en el tiempo.



La religión Tzóneka ó Tehuelche, es muy elemental y carece de representaciones exteriores.

El dominio de la tierra, del mar y del cielo,

dispútanselo dos deidades: el Espíritu del bien y el del mal. El primero es el dispensador de todos los bienes mundanales; es el genio benéfico que vela por los indígenas, pero cuyo influjo suele ser ineficaz para evitar las acechanzas del Espíritu del mal, que, según sea la manifestación de su malignidad, se denomina *Kerónkenken*, *Huendáunke*, *Maipe* ó *Arhjchen*. Bajo este último nombre se representa la esterilidad de la tierra.

Maipe es la obscuridad de la noche, el viento desolado en la planicie. En *Kerónkenken* vése el monstruo impalpable que hiere en la cuna á los recién nacidos y bebe las lágrimas de las madres, burlándose de todos los dolores con mueca siniestra: á veces encarna la forma de un potro salvaje y artero, siempre veloz como el relámpago.

Desde que nace el hombre hasta que muere, el Espíritu del bien le ayuda y combate por su existencia contra el Espíritu adverso, único causante de la enfermedad y de la

muerte, las que el indígena trata de evitar propiciándose á la cruel deidad, al diablo, por medio de dos ceremonias.

La primera, desconocida para los autores que me han precedido en el estudio y descripción de los Patagones, reviste formas crueles y repugnantes.

Cuando el *médico* de la tribu ha fracasado en su sistema curativo—agua fría, sangrías, y masaje,—se apela al sacrificio ó sea la inmolación de un animal yeguarizo: todos los parientes del enfermo, del moribundo, todos los amigos van á reunirse á alguna distancia de los toldos; á caballo, munidos de asadores y haces de leña. En el interín, los muchachos diseminados en extensa línea tienen á raya á los perros ó van en busca de una yeguada cualquiera, que conducen al sitio del sacrificio. Los enlazadores cogen la víctima elegida, derribándola maniatada en medio al círculo tumultuoso de los sacrificadores. Acto continuo salen á relucir los filosos cuchillos; y el

más hábil hiere rápido á la bestia en el pecho; extrae el corazón sangriento, y con él en la mano, gira al rededor del animal que se retuerce en los últimos alientos. Es ese el momento de mayor gritería, de mayor confusión. En seguida no más, la carne aún palpitante es retaceada con espantosa destreza. Se encienden los fogones, se clavan los asadores con los trozos más succulentos y las piltrafás más inmundas, y el sacrificio ó más bien el festín desenfrenado toca á su término. Hombres, mujeres y niños quedan ahitos de carne. La cabeza de la víctima, con los ojos entreabiertos, la cola, las pezuñas, son amarrados entonces á un palo pintado con ocre blanco, y un grupo de hombres á caballo va á dejar esos despojos sobre alguna altura inmediata.

Con esto termina la ceremonia y los indígenas se vuelven silenciosos á sus toldos.

Entonces comienza la expectativa, siempre ansiosa; y si el enfermo no muere, es que el

sacrificio ha sido agradable al Espíritu maligno.

Otras veces, la indiada se reúne como un enjambre alborotado; va donde el enfermo, rodean su toldo, golpéanlo con leños, gritan descompasadamente, cantan las mujeres ó articulan palabras incoherentes y misteriosas . . .

Otras veces se forma un círculo de ginetes, en cuyo centro queda el toldo, y la gritaría más inaudita llega á los oídos del enfermo, como una esperanza de salvación. Esta ceremonia se llama “espantar el diablo”.



¿Creen los Tehuelches en la inmortalidad del alma?

Tal vez no, en el sentido estricto del dogma cristiano; pero es indudable que creen en la

resurrección de los muertos, lo que se desprende fácilmente de su costumbre de enterrar los cuerpos en la actitud que tuvieron en el seno maternal, rodeándolos de aquellos objetos que pudieran necesitar al renacer en otra parte.

En época remota mataban el caballo preferido del extinto, mataban sus perros; y al lado del cadáver se depositaban las armas, los utensilios y hasta el alimento de que debía echar mano al despertar de aquel más allá del océano misterioso (*Jono*) en que vuelve á vivirse la vida penosa de la tierra, hasta el día en que el tehuelche se cuasi diviniza.

Dicen los ancianos que la bóveda celeste está poblada por sus antepasados purificados, y que en ella no conocen el dolor, ni aún la fatiga.

Hay una constelación, no recuerdo cuál, que ellos dicen ser un cazador; más allá aparecen “Las Boleadoras”, “la huella del Avestruz”, que es la Cruz del Sud, “El Guanaco

que huye”, y la pupila del “Carancho” que acecha : Marte.



Íntimamente ligada con estos principios religiosos, se manifiesta la superstición. El tehuelche cree en la hechicería (*shoik'n*) y la teme sobre todas las cosas.

Los que tienen el poder de hechizar, los “brujos”, son aborrecidos y á veces victimados, porque piensan los indigenas que las desgracias que ocurren en sus hogares suelen ser la obra del maleficio de aquellos. Los brujos son individuos taciturnos y huraños, y la facultad que les es propia puede transmitirse de padres á hijos, pero conjuntamente con ciertas piedras horadadas, pequeñas, alisadas y de forma irregular, sin las cuales sería imposible la acción maléfica, pues que su pérdida implica la cesación de aquel poder diabólico.

Propiamente el brujo es el agente del Espíritu del mal, y el tehuelche está siempre prevenido contra él: si se recorta el cabello arroja al fuego las mechas, si se monda las uñas, hace lo propio, pues piensa que lo más superfluo de su cuerpo y hasta de su vestido, puede servir de vehículo para la hechicería.

Todo instrumento cuyo mecanismo ignora, tiene *shoik'n*, y naturalmente le inspira repulsión.

Los fenómenos astronómicos, los eclipses, por ejemplo, tienen para ellos una significación siniestra: la muerte, el hambre, los crueles inviernos vienen después.

El chirrido estridente del mochuelo, la aparición fortuita de un reptil, el aullido del perro, son signos de desgracia siempre inmediata.

Creen en las fantasías de los sueños, y dicen que “cuando el corazón está dormido, se vé como la vislumbre de las cosas que han de suceder”.

III

Las modernas tradiciones tehuelches llevan ya en sí el recuerdo de la aparición del hombre blanco.

La llegada de la escuadra de Magallanes á la bahía de San Julián, debió impresionar vivamente á los indígenas, que por cierto no atinarían á explicarse la procedencia de las naos castellanas columpiándose en el agua, como si fuesen gigantescas aves.

Ya he tratado de hallar la gráfica interpretación del asombro, del temor, que esas máquinas extrañas debieron inspirarles.

En una fantasía científica intitulada “Quiron”, he introducido el episodio de la estadia de Magallanes en aquel puerto desolado, y he puesto en boca de los patagones, entre otros diálogos, el siguiente:

—“¿Has visto eso que volaba sobre el agua como un pájaro?”

—Sí—replicó Yaten—es la “cosa” en que andan los hombres de cara de nieve.

—¿Adónde irán, Yaten?... ¿Quién sabe si no vuelven al obscurecer é intentan sorprendernos, arrebatarnos nuestras mujeres, y después matarnos para que los caranchos nos arranquen los ojos y las *pumas* nos comán el corazón...? Hagamos humo, mucho humo, para que venga Yauke que caza en las “tierras altas”; pero antes preparemos nuestros arcos y flechas.

—Bien me parece el hacer la señal de llamada; pero pienso que los hombres de cara de nieve se van para siempre, á morir quizá allá en donde el sol no quema nunca, en la

tierra de los Ahyrhes que comen carne de sus hermanos.”

.
Los ancianos Papón, Gunelto, la bruja Jatachuena, recordaban que la presencia de los españoles en San Julian, había infundido en los tehuelches un asombro sin límites: hacían mención de las brillantes corazas, de los cascos relucientes y de las largas y tajantes espadas de los conquistadores.

En al siglo anterior al actual, vivían los tehuelches á la desembocadura de los grandes ríos, vagando con frecuencia al borde de la mar.

¡ Cuántas veces escudriñarían el horizonte incierto, creyendo ver surgir la silueta de una nueva nao!

Esa centuria pasada debió ser de ansiosa expectativa para los patagones.

Pero llega D. Antonio de Viedma á San Julián, echa los cimientos de “Florida Blanca”,

entabla con los indios las primeras relaciones de intercambio, agasaja al cacique Negro, obsequia á las mujeres con vistosos abalorios, que desde ese momento forman parte del atavío de las jóvenes, y el temor se trueca en alegría, falso miraje de esos niños grandes que incautamente caen en la trampa de la conquista....

Desde ese día el indio está perdido: un anhelo nuevo se ha despertado en su alma, nuevas necesidades, todas superfluas, van á influir en adelante sobre su voluntad.

San Julián se despuebla, los soldados de España se han reembarcado; pero el tehuelche no se conforma con tan inesperada partida. Se habían acostumbrado á su amistad; se habían dejado engañar con promesas ilusorias; se habían deslumbrado las mujeres con las mil baratijas importadas del Rio de la Plata; y aquella brusca desaparición de los hombres de *cara de nieve*, era para ellos como un acontecimiento nefasto.

Se echaron á andar por los campos; en los torreones del fuerte de Deseado, habían visto flamear el estandarte acuartelado del rey, y pensaron que quizá allí estarían sus amigos.

¡ Vano empeño ! También habían partido aquellos... Y el indio siguió de cara al norte, y fué entonces que las tribus del sud volvieron á pisar las márgenes del Rio Negro.

Desde entónces, Patagones fué para ellos el objetivo anual. Allí cambiaban sus productos, las plumas del avestruz, las pieles del guanaco ; en cambio recibían las primeras telas, los primeros útiles de cocina, las primeras armas de fuego, y el “fuego liquido” que ha encendido tantas guerras intestinas y rebajado tanto el nivel moral de las tribus meridionales.

Cuenta la leyenda que poco antes de la llegada de los hombres blancos al país, los patagones habían rechazado una invasión de

guerreros procedentes del norte, y agrega que eran feroces; que usaban coletos de pieles y se servían del arco y de la flecha. Hubo combates sangrientos en todas partes, en el Shehuen, en el valle del río Santa-Cruz, en las riberas del mar, y sólo mediante un esfuerzo supremo, esfuerzo de todas las tribus reunidas, se consiguió repeler al enemigo.

Sigue después un largo período de reposo, sólo interrumpido á intervalos por la extraña aparición de algún buque europeo: hasta que á fines del siglo pasado ó principios del actual vuelve á arder la guerra, esta vez intestina, en el valle de Gallegos.

Las tribus del norte combaten con las del sud; los guerreros de éstas se refugian en las grutas basálticas del paraje que hoy se conoce con el nombre de Huan-aike: allí se atrincheran y arrojan sobre sus contrarios una lluvia de piedras y de flechas; aquellos van al asalto, se encaraman sobre los bloques

desprendidos del negro frontón, se escurren como lagartos, y á favor de la obscuridad de la noche logran llegar hasta las mismas bocas de las cuevas; juntan después haces de leña, encienden grandes hogueras y á su cárdeno resplandor, centenares de hombres y mujeres caen sin vida ó cautivos de sus crueles vencedores.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que en las cavernas de Huan-aike se han hallado y se hallan aún huesos humanos y porción de armas de piedra, como bolas arrojadizas y puntas de flechas.

En los tiempos más modernos comienzan las incursiones vandálicas de los araucanos. Las tolderías tehuelches son sorprendidas y asaltadas al amanecer, se combate cuerpo á cuerpo, á lanza, á flecha, á bola: los ancianos inermes son estrangulados; las mujeres y los niños huyen despavoridos; al alarido de los unos responde el grito de venganza de los otros; todo es confusión, y la sangre hume-

dece la tierra... Los tehuelches casi deshechos, se reorganizan, estrechan sus filas, y después de algunos momentos rechazan á la horda araucana que huye llevándose no pocas mujeres y niños cautivos.

Estas *razzias* se repiten de tiempo en tiempo pero el éxito no es siempre el mismo; los araucanos vuélvense á veces diezmados y arrependidos.

En ocasiones son los tehuelches quienes van á buscar sus enemigos, y las mismas escenas de sangre tornan á repetirse bajo otras latitudes.

Ya estamos en la época reciente; los vivanderos de Punta-Arenas—conduciendo cargueros de aguardiente—llegan cada día á los toldos y las orgías se suceden á las orgías: el indio es despojado de cuanto tiene de valor: por un caballo recibe tres botellas de alcohol; por un *kai*, una botella. El pillaje no tiene límite; hasta le arrebatan al pobre

indio el abrigo que echa sobre sus hombros; y cuando los aventureros se retiran, la tribu queda sumida en el dolor y la miseria.

IV

El tzónekə es un dialecto gutural, aglutinante. Un examen detenido de su índole gramatical nos podría poner en el terreno de deducciones de un orden verdaderamente científico, llegando quizá á descubrir el grado de parentesco real que pueda tener, ya con los demás dialectos sud-americanos, ya con las lenguas muertas del viejo mundo; pero para ello sería menester mayor número de datos que los que he podido recoger hasta la fecha. No obstante, quien se interese especialmente en los estudios lingüísticos, quien desee rastrear el origen del dialecto patagónico, puede poner

á contribución el *Vocabulario y Fraseología* que complementan este libro.

Aunque oral, el tzóneka ha conservado á través del tiempo su invariabilidad esencial.

La vida nómada de las tribus tehuelches en el desierto, su alejamiento de las poblaciones argentinas; sus poco frecuentes relaciones con los araucanos, su aislamiento, en suma, en una región inmensa de territorio, que ha exigido y exige aún del indígena la agrupación en tribu, sin lo cual la caza sería eventual y la vida más precaria, todo esto ha contribuido á que el tzóneka sea hoy, á corta diferencia, el mismo dialecto del tiempo de Magallanes.

Si se comparan las voces recogidas por el caballero Antonio de Pigafetta, cronista de aquel ilustre navegante, con los vocabularios de don Antonio de Biedma, de D'Orbigny, Musters, etc., se verá que no hay error en lo que afirmo. Tal vez se me objete la discrepancia radical de algunas palabras, comparadas ex-profeso, pero éste sería un argumento

muy débil si se atiende á las condiciones evolutivas á que están sujetas las lenguas habladas, y á que aquélla no altera en lo mínimo la unidad lingüística. Y si á esto agregamos la precipitación con que han debido formarse aquellos vocabularios, los defectos de fonación, y las diferencias naturales que dimanarían de la nacionalidad del observador, aquella objeción deja de ser atendible.

Los tehuelches, como he dicho, carecen de medios exteriores para representar y fijar su pensamiento; pero no por ello olvidan los acontecimientos más remotos de su colectividad. En general están dotados de una memoria sobresaliente que apenas si disminuye con los años: de aquí que los ancianos sean como el archivo de los sucesos que han ocurrido en el pueblo tehuelche desde su origen mítico hasta el día; conservando los detalles más importantes de sus poéticas tradiciones, que desgraciadamente los ancianos ya no se refieren en torno del fuego á los jóve-

nes tehuelches, amenguados en la estatura, corrompidos, alardeando de todos los vicios importados por la plebe cristiana.

Es cosa sabida que los dialectos bárbaros sud-americanos, con exclusión del quíchua y del guaraní, cuentan con un reducido número de palabras, y que sus signos numéricos no pasan de cinco. Los tobas, en el Chaco, y los alacalufs en la Tierra del Fuego, son las agrupaciones humanas típicas á las que se puede aplicar este detalle lingüístico.

Por lo contrario, los tehuelches tienen un sistema numérico que representa cierto progreso relativo. Hasta los niños saben contar de corrido de uno á cien, y aquellos indios que mantienen relaciones comerciales con los cristianos, no sólo lo hacen sin equivocarse hasta mil, sino que también formulan cálculos elementales, como sumar y restar.

En cuanto á riqueza de lenguaje, pienso que el tzóneka debe figurar inmediatamente después del quíchua y del guaraní. Su sinónimia

es varia, y no sólo tiene una voz propia para cada objeto de la naturaleza, sino que también expresa ideas abstractas de un orden superior.

El respeto ó más bien el temor que inspira la muerte al indio, contribuye á veces que caigan en desuso palabras que antes se empleasen de continuo. — Ejemplo: Hasta no ha mucho la grasa era designada con la voz *ham*, pero como muriese un indio cuyo nombre era homónimo, tácitamente los parientes y amigos del muerto suplantaron la palabra *ham* por la de *golòsjken*. Hoy, la primera está casi olvidada.

Un pueblo cazador, un pueblo nómada como es el tehuelche, mal podía haber llegado al nivel intelectual y moral de otras agrupaciones sedentarias sud-americanas; pero si bien es cierto que bajo aquellos aspectos se halla á enorme distancia de los quichuas y guaraníes, que conservan respectivamente su poesía tradicional,—el poema Ollantay, y cier-

tas melodías rústicas,—no por ello carecen de sentimiento poético; el mito de El'lal, sus apólogos, sus rudas y tristes canciones, pienso que bastan para demostrar la verdad de esta afirmación.

EL ZORRO Y LA PIEDRA

Un zorro desafió á correr á una piedra ; ésta se excusó :

— Soy muy pesada.

— Correremos cuesta abajo de ese cerro — insistió el zorro.

— Soy muy pesada... pero guardaos de mí...

— ¿Alcanzarme? ¡qué locura! Yo corro como el viento.

— En fin, corramos, dijo la piedra.

Y el zorró partió como una flecha... Se echó á rodar la piedra entonces, y de tumbo en tumbo, fué á herir de muerte á su rival, que ya llegaba al pie del cerro.

EL ZORRO Y EL PUMA

Un puma se encontró al linde de un pajal con un zorro muy donoso.

(Es de advertir que éste tenía un vistoso copete en la cabeza.)

— ¡Qué lindo adorno llevas, amigo mío! ¿Cómo lo has confeccionado? — habló la fiera.

— Muy sencillamente: raspéme la cabeza con un pedernal, y luego introduje en ella las lindas plumas del avestruz.

— ¡Qué admirable! Yo deseo someterme á la misma prueba. ¿Quieres tomarte la molestia de hacerlo por mí?

— De mil amores.

Y el zorro comenzó á raspar el cráneo del puma, hasta que le hubo adelgazado lo suficiente para quebrarlo de un solo golpe de pedernal.

Y murió el puma.

Estos dos apólogos revelan una tendencia poética y un pensamiento filosófico bastante elevado, que resalta también en otra forma de intelectualidad, en sus “Proverbios”:

— No hay bastardo que sea bueno. *Kómeshk al'n kété'n huacho.*

— La pluma pequeña vuela más ligera que la grande. *Aur'k talenk euk jensh chaenk aur.*

— El perro persigue al zorro, y le mata; pero llega el puma y mata al perrö. *Jelenue k'etáshk pâten emáshk, eme t'ak taguenshk golni eme t'amashk.*

V

Como debe comprenderse muy bien, el tehuelche casi desconoce el arte musical; el único instrumento que le es propio consiste en un pequeño arco como de un pie de largo y un tercio de pulgada de diámetro, hecho de madera flexible y con cuerda de cerda de caballo. Un hueso pulido y á veces con dibujos esculpidos, húmero de cóndor casi siempre, le sirve de complemento; humedécenlo ligeramente con saliva y mientras por una de sus extremidades conservan apoyado el arco en la dentadura, tomado el otro extremo con el pulgar y el índice de la mano izquierda hacen pasar aquél suavemente sobre la cuerda,

y por este medio, alzando alternativamente el índice ó el anular, obtienen sonidos tenues que dicen ellos imitan el galope del caballo y el ruido del viento.

Este instrumento favorito de los jóvenes se llama *Koolo*. Siguele el conocido tamboril que antes se construía con una especie de jofaina pequeña de madera de roble ú otra, recubierta con un pellejo fresco de guanaco ó de liebre, que al secarse, amarrado, quedaba perfectamente distendido.

El *Koolo* constituye aún el entretenimiento de los niños en las horas calurosas de verano. El tamboril es el instrumento de la danza á que los indios son muy dados: le tocan con dos palitos rígidos y livianos, é interviene en todos los regocijos de la vida.

Tienen un baile único y éste se denomina la “Danza de los Avestruces”, en la que los jóvenes y á veces hasta los ancianos, pretenden imitar los graciosos contoneos de aquellas aves cuando se buscan en la estación del

celo, ó cuando confiadas andan de aquí para allá en los campos, picando flores ó buscando insectos.

El nacimiento de un niño, la perforación de las orejas para colgar el aro de plata, — lo que nunca se efectúa antes de la edad de cuatro años, — la primera menstruación de la mujer (*enak*), el matrimonio, etc., son objeto de bulliciosas fiestas en que se baila al rededor de los fogones encendidos al aire libre, bajo los rayos del sol ó en la obscuridad de la noche.

El detalle más interesante de estas fiestas (*apeshk*) es que sólo bailan los hombres en medio al círculo de las mujeres que permanecerán sentadas palmoteando y cantando á la vez.

Aquellos bailan con las piernas y el dorso desnudos; llevando sobre el pecho bandas de cuero con cascabeles y sujetas con la vincha; en la cabeza, algunas plumas largas de avestruz. “La danza” dicha consta de cuatro partes: cada una de ellas corresponde á distinta

tocata, y cada vez que debe cambiarse la figura, los danzantes se apartan del círculo para volver en seguida en fila indiana y á paso que casi podríamos llamar gimnástico.

Las canciones ó melopeas tehuelches son de una monotonía désesperante: cuando se las oye en el silencio de las noches del desierto causan una impresión desagradable; tienen algo del chirrío del mochuelo, parecen imitar los ruidos confusos y lastimeros del viento:

Ya yau güe
Ya yau güe
Ya gu gué
Mai ya gu gué
Mai go yù
Maigo beyù
Eye mai gabu-yé.

Esta muestra intraducible de poesía tradicional no basta para juzgar del temperamento melódico de los tehuelches; pero aunque se trate de una melopea bárbara, ella revela ya cierto grado de civilización.

VI

Las nociones astronómicas de los tehuelches se limitan al conocimiento de algunas constelaciones. La posición de *Cheljelen* (Orión) determina la edad del año (*Sorr*) el que consta de doce lunas (*Shegüenon*). Principia á contarse en Septiembre y se divide en cuatro estaciones: la del deshielo y el pasto nuevo (primavera); la de los huevos de avestruz y guanacos chicos (verano); la de la grasa (otoño), y la del frío (invierno). El cómputo del tiempo se hace siempre por lunas ó soles, y dicese así:

¿Quenkai sorr ma? (¿Cuántos años tiene usted?)

¿ *Quenkai shegüenon yana ma?* (¿ De cuántas lunas sois madre ?)

El día se llama como el sol *kenguenkin* : para el tehuelche, éste expresa aquél.

La vía láctea es el sendero de los guanacos.

Marte es el *carancho* que acecha en los campos del cielo.

La Cruz del Sud es la huella del avestruz.

Las manchas ó nubes de Magallanes son los revolcaderos de los guanacos.

Los tehuelches creen que la tierra está inmóvil en el espacio : que el sol, la luna y todos los planetas y estrellas dan vuelta al rededor de nuestro globo, y que las estaciones se reglan por el calor solar.

Distinguen los puntos cardinales y sus derivados : al norte llámanle *Penken*; al sud *Ahoniken*; al este *Penkóken*, y al oeste *Teurken*.

VII

La población tehuelche decrece cada día, debido en parte al abuso de las bebidas alcohólicas y á las frecuentes riñas que dimanán de la embriaguez. En la actualidad escasamente pueden reunirse 500 individuos de esta raza.

Se hallan divididos, como ya lo he dicho, en tribus diversas, que si no obedecen á un jefe determinado como acontecia en otro tiempo, reconocen no obstante cierta superioridad en algunos de sus compatriotas, de quienes oyen consejos que observan cuando bien les place. Entre estos individuos dè *dis-*

tinción, á quienes por costumbre se da todavía el nombre de caciques, figuran los llamados “Papón”, “El Mulato”, “Antonio”, “Nahuel”, “Calacha” y “Ojo de Pulga”.

Dadas las condiciones de su vida nómada, resultado de la necesidad diaria é imperiosa de buscarse el alimento, se comprende muy bien que en un lapso de tiempo, relativamente breve, han de recorrer muchas decenas de leguas ; y en efecto, así acontece : el área de caza, de una tribu cualquiera, suele abarcar durante el año muchos centenares de kilómetros cuadrados. Esto lo exigen las condiciones naturales del país en que habitan: dilatadas mesetas, valles pequeños, pasto escaso, rebaños andariegos, nómades como el hombre, ora diseminados en las regiones centrales ; esto en verano, ora reunidos en número incalculable á la orilla del mar, en invierno.

Peró como el país es enorme, las distintas tribus permanecen aisladas. A la fecha

se alza un campamento tehuelche á orilla de la “Laguna Blanca”, dominio chileno; otro en el valle de Coy-Inlet, un tercero en Corpenk-aike (Rio Chico): estos últimos en la gobernación de Santa-Cruz; y al norte de esta se agrupan unos treinta toldos al borde del Sénguerr, en la gobernación del Chubut.

Estas cuatro colectividades ó tribus, presentan los mismos caracteres étnicos generales; y lo que se diga de una puede aplicarse á las otras. Cuando se consideran del punto de vista estadístico-demográfico, lo que primero llama la atención es el escaso número de mujeres con relación á los hombres, á punto que puede decirse que para una de aquellas hay tres de estos. Hé aquí, entre otras, una de las razones capitales del decrecimiento de la población indígena. Diríase que la mujer tehuelche resiste menos en la lucha por la existencia, lo cual se comprueba hasta cierto punto si se atiende á la mortali-

dad de éstas, en las enfermedades epidémicas por ejemplo. Hace dos años se declaró la influenza en los toldos de Coy-Inlet, y el sexo femenino fué diezclado.

Siendo tan reducido el número de mujeres, lógico es suponer que los nacimientos sean escasos, y así acontece; pero he observado de poco tiempo á esta parte,—lo cual importa una compensación,—que nacen más varones que hembras. Esto, en mi sentir, demuestra dos cosas : 1ª Que el bienestar, si lo hay, en algo ha aumentado; y 2ª que la unión entre india y blanco es más prolífica.

En los tipos de raza pura, la vejez es tardía y esta se prolonga de una manera asombrosa para nuestro siglo. El cabello apenas si descolora á los cincuenta años, y aún conozco individuos que pasan de los sesenta y que no tienen ni una sola cana. Algo más; creo que en ninguna agrupación indígena que haya sido estudiada, se encuentran en relación numérica tantos longevos como en ésta. En

la tolderia de Coy-Inlet ya citada, figuran cinco longevos, cuyo total de años es más ó menos de 385, que se descompone así: 100, 65, 70, 80 y 70. Esta suma da un promedio de 75 años.

La mortalidad es normalmente mínima, pues salvo el caso, ya observado, de alguna epidemia importada, las enfermedades son casi desconocidas para el tehuelche. La neumonia es la única particularidad patológica que suele presentarse, en el invierno. Las fiebres eruptivas apenas si se conocen, y los únicos casos recordados se relacionan con incursiones al Rio Negro; la tuberculosis no existe en la vida nómada; pero los mestizos suelen contraerla ó revelarla cuando se radican en las poblaciones cristianas, y cambian su alimentación. Las afecciones cutáneas son más frecuentes: el arestín, la tiña y la herpes parecen ser las formas principales y ellas se refieren á la niñez.

Puede decirse que las defunciones ocurren

en su mayor parte por senectud, accidentes (caída del caballo, heridas ó asfixia en el agua) ó peste. .

Por lo que respecta á los caracteres étnicos propiamente dichos, el tehuelche ofrece á la observación muchas y notables particularidades, que hacen de él un tipo aparte en la serie de las colectividades indígenas. Su detalle anatómico es el más digno de estudio, y el que más luz ha de proyectar sobre su pasado incierto. Por la forma general del cráneo (*braquicéfalo*) se asemeja á los fueguinos Onas, á los Araucanos y á los Tobas del Chaco; pero de cuando en cuando suele presentarse á la observación una forma menos braquicéfala que nos revela la pre-existencia de individualidades dolicocefalas ó por lo menos intermediarias entre las dos formas craneanas extremas.

Su estatura no tiene rival, pues aún deduciendo todas las exageraciones de antaño, resulta ser el tehuelche el hombre más alto del

globo. Pero debe tenerse presente que las mediciones efectuadas, se refieren sólo á individuos de raza pura y que han llegado á su completo desarrollo. Y hago esta salvedad, porque bien pudiera suceder que otros viajeros que me precedan en este género de investigaciones, no hallen el mismo promedio de estatura que yo he hecho conocer desde hace doce años (1), que el sabio Mr. Topinard

(1) Las primeras noticias acerca de estos sud-americanos, nos han sido transmitidas por el cronista de Hernando de Magallanes, el caballero florentino Antonio de Pigafetta, quien por primera vez les llama "Patagones", nombre que se ha conservado hasta hoy y que la mayoría de los autores han creído que expresaba lo propio que "patones", error que debe corregirse, pues que dicho nombre deriva más bien de la palabra *patak* de origen quíchua, pero incorporada al lenguaje de estos indios y cuya significación equivale á centuria, agrupación numérica que tal vez se hallaba en San Julián, á la llegada de los españoles, quienes oyendo decir tal vez á los indios interrogados "somos muchos, somos una centuria" pensaron que *patak* era el nombre de aquellos salvajes. Y si se atiende á que los Patagones tienen los pies más bien pequeños que grandes, no podrá menos que aceptarse esta nueva inter-

ha mencionado en su última obra sobre antropología, y que en el tiempo corrido hasta hoy, he tenido ocasión de comprobar. He dicho

pretación que yo acepto con la autoridad inicial del Dr. D. Vicente F. López.

Según Pigafetta, los patagones habitaban como ahora en tiendas hechas con pieles de guanacos, y sus arreos militares ó de caza consistían en arcos y flechas con puntas de piedra, *della sorte de quelle che fanno fuoco*. No tenían paradero fijo: *non hanno casa ferma... vanno ora in un luogo ora in un altro*.

Agrega el mismo autor que eran hombres tan grandes, que la cabeza de los españoles, apenas si llegaba á la cintura de aquellos.

Después de Magallanes, otros navegantes y entre ellos Jofre de Loaisa, Alcazoba, Drake y Sarmiento de Gamboa, visitan con más ó menos detenimiento las costas de Patagonia y hacen mención de la colosal estatura de sus habitantes, la que ya tenía intrigados á los sabios europeos.

En la descripción del viaje de Loaisa (1525-1526) publicada por el historiador Oviedo, se lee lo siguiente: “Hallarón muchos ranchos y chozas de los Patagones, que son hombres de trece palmos de alto, y sus mujeres son de la misma estatura”.

En la del viaje de Drake, efectuado en 1578, se contradicen por primera vez las exageraciones de Pigafetta y Oviedo.

ya que el tehuelché mengua en talla, y la razón es bien sencilla: los ancianos van desapareciendo y los jóvenes que los remplazan

Argensola, cronista del viaje de Sarmiento de Gamboa, dice en su *Historia de la conquista de las Molucas*, que los Patagones alcanzaban á tres varas de alto.

En la relación de los viajes de Cavendish, publicada por Pretty, no se inserta una palabra referente á la estatura de los patagones, aunque el nombrado navegante los vió en Puerto Deseado.

Ricardo Hawkins (1593) los toma en el concepto de verdaderos gigantes.

Oliveiro de Noort vió en 1599, en Puerto Deseado, *hombres de alta talla*.

El comodoro Byron, que cruzó el estrecho de Magallanes en Diciembre de 1764, con los buques *Dolphin* y *Tamar*, pretende que *los patagones son más bien gigantes que hombres de alta estatura*.

El capitán Wallis, que pasó también por el Estrecho, en 1767, vió los gigantes de Byron, pero menciona que la mayor parte tenían apenas *cinco pies y seis pulgadas*.

El naturalista D'Orbigny, que tomó algunas medidas antropométricas en los indios del Río Negro, les asigna, término medio, 1 metro 730 milímetros.

El explorador Musters les da 1 metro 778.

He ahí en compendio todo lo que se ha escrito á propósito de la estatura de los indios patagones ó tehuelches.

en la vida son en su mayor parte mestizos, es decir, hijos de blanco y de india, siendo estas últimas de menor estatura que los hombres de su propia raza.

El armazón óseo se distingue por sus formas macizas; por la longitud anormal de los fémures; por el desarrollo acentuado de la cavidad torácica, por la curvatura externa del húmero, por la amplitud iliaca y el aplastamiento del calcáneo.

Entre los caracteres físicos, se observa una bien marcada gradación del color de la piel, según el sexo, según la edad, según la pureza del individuo. En los hombres sin mezcla

Los últimos autores son los que más se acercan á la verdad.

Los hombres que he medido personalmente en distintas épocas, no exceden de 1 metro 860 y el promedio antropométrico es de 1 metro 852.

Las mujeres son más bajas que los hombres, y las mediciones efectuadas dan para ellas un promedio de 1 metro 770.

Los tehuelches son, pues, los hombres más altos del globo. (De mi libro : *Mis exploraciones y Descubrimientos en Patagonia*, 1880).

de sangre, domina un tinte facial olivado obscuro, que empalidece en el resto del cuerpo. En las mujeres la coloración es mucho menos acentuada, formando á veces contraste muy notable el tinte normal de la cara con la blancura relativa del pecho y de las piernas.

El cabello es netamente negro, lacio, grueso y tupido. Su implantación oblicua, rápido el crecimiento, tardía la descoloración.

Tienen los ojos negros, aparentemente pequeños debido á la estrechez de la abertura palpebral, cuya implantación es oblicua, como entre sus próximos parientes los Onas; la conjuntiva amarillosa, y todo el aparato ocular, que en la juventud se distingue por cierta vivacidad y energía, toma en los años maduros una expresión lánguida y adormilada.

La frente es baja y deprimida, debido á la implantación descendente del cabello sobre la bóveda orbitaria y al uso de la *vincha* desde la más tierna edad.

La nariz es, en general, roma, de amplias cavidades y rebordes gruesos, pero á veces se observa la forma aguileña y otras recta y de abultamiento anormal que singulariza en mi concepto al tipo tehuelche más acabado.

Los pómulos son abultados y salientes: grande y arqueada la abertura bucal y carnosos los labios; escasas las cejas y pestañas; redondeado y bajo el mentón; pequeñas, poco angulosas—deformados los lóbulos en las mujeres—é inclinadas hacia adelante las orejas; el tórax saliente y fuerte, los brazos bien formados y más bien largos que cortos, las manos relativamente pequeñas y lo propio las extremidades inferiores.

En el orden de los caracteres fisiológicos, la respiración, la fuerza muscular, la sensibilidad en general se presentan desde luego como otros tantos detalles de un conjunto étnico particular.

Los caracteres fisionómicos, la expresión y

la locomoción deben ser tratados con más detenimiento.

Ambos sexos llevan en sí el sello peculiar á todos los pueblos indígenas sud-americanos, y éste es el de la tristeza; detalle que se advierte al primer golpe de vista. Es un aire doliente, pesado, lánguido é indiferente á la vez, y sin que ello importe el querer hacer una frase, diríase que el tehuelche retrata en su semblante la desolación, la árida monotonía del país en que ha nacido.

Es poco dado á la risa, y cuando lo hace es á manera de estallido, anormal, cómo que su temperamento no se presta á tal manifestación.

De otra parte, he observado que conversan poco y con cierta indecisión, que en las horas aflictivas se convierte en balbuceo.

Dado este modo de ser, nada tiene de extraño que las manifestaciones de sus más íntimas alegrías, siempre breves, revistan un carácter de brusquedad turbulenta y salvaje.

Estos indios no se sorprenden de nada; todo lo miran con la mayor indiferencia, al menos aparente, y ni siquiera las obras arquitectónicas ó mecánicas más notables despiertan en ellos signos externos de asombro. El cacique Papón visitó conmigo, no ha mucho, el Rio de la Plata; mas nada llegó á alterar la fría serenidad de su rostro. Figurábase que todo le era conocido: ferrocarriles, monumentos públicos, instalaciones de industria, alumbrado eléctrico. Lo único que llegó á interesar su curiosidad fué la pareja de elefantes del Jardin de Acimatación en Buenos Aires.

—¡Oh! ¿Cómo llamar ese animal grande?... *Keteshk* (lindo)—agregó en su lengua; y se quedó callado, girando su mirada á otra parte.

La expresión facial parece como que se comunicara al cuerpo todo; y esto que tal vez parezca absurdo á muchos, es para mí evidente. Observad á un indio que anda: su an-

dar es vacilante, se inclina hacia el suelo, diríase que le abruman hondos pensamientos.

En general, los usos y costumbres de estos indios son muy interesantes y aunque ya se advierte en ellos la influencia de las agrupaciones cristianas, poco ó nada han variado en el transcurso de la época histórica. El tehuelche de hoy es exactamente el mismo salvaje, descrito por D. Antonio de Viedma, al finalizar el siglo XVIII, y hasta podría decir que su fisonomía moral no ha perdido en absoluto ninguno de los caracteres que le eran propios hace tres siglos.

También su facultad inventiva ha permanecido estacionaria, y sólo se ha apartado de la rutina, cuando á principios del citado siglo dejó de ser peatón, para convertirse en semicentauro. Fué entonces que abandonó el arco y la flecha originarios, reemplazándolos con la lanza araucana más propia para la equitación. Fué entonces cuando aumentó su bienestar relativo, agrandando su choza

de pieles á la vez que extendió el área de sus incursiones trás el necesario alimento, aliviando á la mujer en las tareas domésticas, de las que en el día dan cabal ideas los Onas de Tierra del Fuego que, tehuelches de origen, son la fiel imagen de lo que eran aquellos á la llegada de Magallanes. Fué entonces que el hombre debió adoptar la poligamia; ya le era más fácil proporcionarse alimento y vestido, y el que tuvo más de dos caballos llegó á ser algo como un Nabab.

VIII

Los tehuelches no carecen propiamente de organización social y política, sino que ésta se halla en su estado primitivo. Lo más acentuado es la *familia*, constituida sobre la base del matrimonio-compra, disoluble en cualquier momento, sin responsabilidad moral, sin erogaciones materiales.

La familia es divisible; y el hombre, según sea su bienestar ó riqueza, puede tomar una ó más mujeres; pero comunmente es monógamo, ó cuando mucho, se permite el lujo de tener dos esposas. Esto es por lo que respecta al presente, pues que en tiempos pasados

hubo cacique ó jefe que llegó á tener hasta una docena de *odaliscas*.

El matrimonio tehuelche es una especie de concubinato; la mujer se compra, sino en el sentido estricto de la palabra, en una forma indirecta que casi llega á ser la misma cosa. Cuando un tehuelche desea casarse y tiene *novia*, entabla su petición directamente ó por intermediario: “doy” ó “dá” tantos caballos, tantos perros, ó un *chapeado* de plata;—y el padre, la madre ó el pariente más inmediato, responde sin embajes “sí” ó “no”.

Si la oferta es aceptada, los valores pasan á ser propiedad del aceptante, con lo cual dice-se recupera la familia lo que antes gastara en las fiestas del “natalicio” y de “los aros”, de la jóven.

Al día siguiente, salvo fuerza mayor, los recién casados se alojan bajo el mismo toldo el que á veces construyen ex-profeso, con mantas nuevas, chaquiras, cascabeles, campanillas y *káicheles* ó láminas circulares de

plata fina y de fabricación indígena. La “Danza de los Avestruces”, ó alguna orgía tumultuosa pone término al acto.

El adulterio, que nunca va seguido de fuga ni escenas turbulentas, es poco común; y mientras el hombre no falte á sus deberes más imperiosos, salvo un estado patológico especial ó cierta perversión del sentido moral á que han contribuído en estos últimos tiempos los cristianos, que viven en sus inmediaciones, ó en sus propias tolderías — cristianos que constituyen la flor y nata de la corrupción y de la rapiña — la mujer es siempre adicta y fiel á su marido.

Cada matrimonio, y con éste los hijos y los parientes más inmediatos, habitan bajo la misma choza ó *kau*, en donde sólo es común el alimento. Toda pareja es en cierto punto independiente de las otras, y lejos de haber promiscuidad, guardan apariencias de pudor y recato, ocupando cada una un sitio distinto, separado de los otros por

una especie de cortina ó pellejo extendido.

La propiedad, que es individual, se transmite de padres á hijos y cuando éstos no existen heredan los parientes más cercanos; primero los del sexo femenino y en seguida los varones.

El parentesco es siempre respetado. La consanguinidad sólo es admitida hasta cuarto grado; y es costumbre que los tíos se hagan cargo y alimenten á sus sobrinos huérfanos. El padre es el jefe absoluto de la familia, pero ejerce una autoridad afectuosa, y casi nunca, en el estado normal de sus facultades, inflige castigos á su mujer é hijos; por lo contrario, es más bien débil con estos últimos, mimándolos hasta el punto que lo haría el más cariñoso de los padres civilizados. Bésanlos y les prodigan frases equivalentes á nuestra familiar “ricura”, “lindo”, “querido”. Pero mucho más extremosas son las madres, quienes llevan su afecto y con-

descendencia hasta el punto de permitir que las peguen sus hijos.

Se ha dicho que la vejez inspiraba repugnancia y desvío. Nada más falso. El “abuelito” es siempre respetado y la madre anciana nunca da consejos en vano.



No existe el nombre de familia, y al recién nacido se le da cualquiera, muchas veces al acaso; otras consultando cualquier detalle de su físico, y así es que un indio se llamará *Ham* (grasa), otro *Terne* (alto, largo), el de más allá *Cor* (pasto) y la hermana de éste *Ashkake* (leña tostada) ó *Azerr* (aguja). También han adoptado en estos últimos tiempos algunos nombres cristianos, como María, Mercedes, Juana; pero esta costumbre no hace camino. Ellos siguen prefiriendo las designa-

ciones tehuelches, más interesantes, más en armonía con su manera de ser y de vivir.

Las distintas familias tehuelches reúnen en tolderías más ó menos numerosas, que constituyen la tribu; pero cada hogar conserva su autonomía propia. Hasta ha poco, como ya lo he dicho, esas agrupaciones obedecían á uno ó más caciques, cuya autoridad era sin embargo muy limitada; pero ello ha caído en desuso, y hoy cada jefe de familia hace lo que buenamente le da la gana, ó cuando mucho oye el consejo del más anciano, del más rico, del más inteligente, ajustando á veces su conducta á los intereses de la comunidad.

Este estado de tribu, se asemeja bastante al de los Árabes; pero es menos estable, y aun á veces basta el menor desacuerdo para que cada toldo vaya por su lado y la agrupación se disperse temporariamente.



He dicho que el tamboril interviene en todos los regocijos de la tribu.

Veámos en qué consisten esos regocijos.

En primer lugar figura la fiesta del recién nacido. Este fausto acontecimiento de la familia, es siempre esperado con interés. Obsérvase que la maternidad es la preocupación constante y el anhelo de la joven primeriza á quien sus parientes y amigas dirigen de continuo cándidas ó burlescas preguntas, relacionadas con su estado. Todo ello se comenta en los *kaus*, y no falta quien lleve cuenta prolija de los meses ó lunas y hasta de los días del embarazo. Cuando éste se resuelve, tranquilamente, sin ayes, sin gritos, sin abluciones, pero con la ayuda de todas las comadronas, que son todas las viejas, el feliz

acontecimiento vuela de toldo en toldo, y no pocas veces se despacha el *chasqui* que debe llevar á los parientes de otras tolderías la grata nueva del nacimiento.

Sigue á esto en el mismo día ó al siguiente la demostración exterior del regocijo; sacrificase uno ó más animales yeguarizós; las *chinas* jóvenes toman su más rico atavío; el mate circula profusamente al rededor de todos los fogones; y la grasosa carne chirria en los largos asadores.

El recién nacido es objeto del más prolijo examen: á poco todo el mundo sabe cuántos *horres* (*) tiene, y si se parece á la madre ó al padre.

Este aire de fiesta, estas manifestaciones naturales y sencillas sólo terminan en la alta noche, entre el ruidoso palmotear de las *chinas* y el tan-tan-tan monótono de la “Danza de los Avestruces”.

(*) Medida tehuelche, equivalente al palmo castellano.

Cuando llega el niño á la edad de cuatro años se repiten las mismas demostraciones de alegría ; y según sea su sexo, le perforan con aguja una ó las dos orejas.

En seguida introducen en el agujero ó agujeros algunas cerdas de caballo ó diminutas estaquillas de plomo.

Esta es la “fiesta de los Aros” que comienzan á usarse desde el momento en que cicatrizan las pequeñas heridas.

La primera menstruación motiva también análogas demostraciones : pregona el suceso la madre de la joven ; acuden á verla sus amigas, y en un momento se arma el toldo de fiesta en la misma disposición de los otros, pero en vez de pieles de guanaco se recubre el armazón con mantas, cojinillos y ponchos nuevos de confección indígena, á lo que se agrega manojos de plumas de avestruz, discos circulares de plata sujetos sobre tiras de cuero pintado ; bandas también de cuero adornadas con cascabeles y sinnúmero

de colgajos de campanillas con chorreras de cuentas azules, encarnadas y amarillas. Allí vá á sentarse la nueva mujer. Enciéndese en seguida la hoguera de la danza; fórmase el círculo de las *chinas* engalanadas, suena el tamboril y las bandas con cascabeles van á adornar los bronceados pechos de los danzantes.

Repítese entre tanto la indispensable comilona; mézclase á la algazara de los muchachos el murmullo monótono de las melopeas, y cuando llega la alta noche, la tribu queda como momificada en el silencio de los campos.

El último regocijo, en orden de tiempo, es el del matrimonio, y á corta diferencia se repiten las mismas ceremonias del que le antecede.



Los tehuelches son poco expresivos en sus manifestaciones amistosas, sobre todo si

ellas van dirigidas á algún cristiano. Pocos son los que dan la mano, uso que han tomado de la civilización, y cuando lo hacen, es como con cierta repugnancia. Entre ellos son menos fríos, y cuando vuelven á encontrarse después de larga ausencia, se saludan con la cabeza diciendo recíprocamente: *Wainguish? Wainguish?* (¿ Como está? ¿ cómo le vá ?). Al despedirse de sus mujeres son siempre más afectuosos y con frecuencia besan á los niños pequeñitos, para los que el más grandazo ó más hurraño de los indios siempre tiene una frase cariñosa.

Hé aquí una entrevista amistosa, rigurosamente exacta :

—*Uainguish?*

—*Shoyo* (enfermo).

—*Noyot, erro jeut.* (Gatee, venga aquí), dirigiéndose á un niño que hace una mueca de llanto).

—*Aulo m'on! Yateshk!* (Ya está! Se enojó!).



Siendo supersticiosos como lo son en grado superlativo, fácilmente se comprende que la *vendetta* les sea familiar. ¡Guay del que ha vertido sangre! Tarde ó temprano los deudos del muerto le aplicarán la ley del Tali6n: el tehuelche sabe decir también “ojo por ojo, diente por diente”.

Pero este rencor de la sangre tiene su reverso: el tehuelche es hospitalario casi tanto como el árabe, y en su hogar hasta el enemigo es inviolable. Pero no se crea que la hospitalidad del *kau* se manifiesta con cortesanas ó exigencias molestas: nada de eso. El huésped se sienta donde más le place; des-cuelga el manjar más llamativo, al6n ó buche de avestruz, échalo en las ascuas, se lo come, luego toma mate si hay yerba, y en se-

guida, si es su voluntad, puede permanecer muchos días en el mismo hogar, comiendo y bebiendo sin preocuparse en lo mínimo del qué dirán. El indio nunca dice nada, y deja siempre comer al que tiene hambre, aunque éste sea un holgazán de profesión.

Lo que es extraño, dado este estado de vida libre, vagabunda y á veces precaria, es el respeto á la propiedad: el robo simple es casi desconocido y el salteo es algo tan inaudito para el tehuelche, que el que comete ese delito puede estar seguro de un castigo ejemplar.

IX

Es fuera de duda que los tehuelches primitivos habitaron en cavernas: yo he hallado en algunas, armas, utensilios de piedra y hasta huesos humanos, que demuestran la preexistencia de agrupaciones trogloditas. En seguida debieron utilizar los troncos y las ramas de los árboles y arbustos para construirse moradas más cómodas; y cuando supieron tallar rascadores de silex y descubrieron el arte de la costura, fué entonces que abandonaron el wig-wam, hoy albergue de los Onas, por el ámplio *kau* de pieles de guanaco. Esto último, debió efectuarse mucho

antes del descubrimiento del Estrecho, pues que Pigafetta, como ya lo he dicho en otro lugar, hace mención en su “Viaggio” de las habitaciones indígenas, que hoy subsisten.

El *kau*, toldo ó choza actual, se arma enterrando en el suelo algunos palos ó piquetes de roble, de una á tres varas de alto, y dispuestos en tres hileras: al frente, los más largos; luego los medianos y en la parte posterior, los otros. Sobre esta armazón tienden una especie de manta ó cubierta hecha con pellejo de guanacos adultos, cuya lana de intento, dejan al exterior. Estiran en seguida la cubierta, amarran su reborde frontal á los palos delanteros provistos de pequeñas horquetas y fijan en tierra con estacas los bordes laterales. Tal es el hogar tehuelche, obra exclusiva de la mujer.

Los trastos que le sirven de complemento, pertenecen á tres órdenes: 1º *pilchas* de dormir, almohadones forrados en balleta, pelle-

jos de carnero, pieles sobadas y pintadas, de animales yeguarizos; 2º arreos de montar, riendas, enjalmas, cinchas de cuero, matras tegidas á mano, cojinillos de lana de colores y de hilo; y 3º útiles de cocina, ollas y asadores de fierro, teteras, jarros y platos de fabricación europea.

En último término figuran las menudencias, las mil chucherías indispensables en toda morada, ya sea de civilizados ó salvajes.

X

No hace medio siglo que el hombre y la mujer tehuelches se vestían de igual manera: el *kai* ó manta de pieles de guanaco era el único abrigo de ambos sexos. Pero, desde el día en que entablaron sus primeras relaciones de intercambio con los *pulperos* de Patagones, en el Río Negro, el *kai* llegó á ser casi exclusivo del hombre, reemplazándolo la mujer por una túnica de algodón ó de lana, ceñida al cuerpo y sin mangas, sobre la cual lleva en todo tiempo el *shalgue* ó manta de abrigo, superpuesta por otra de zaraza ó de lienzo, que sujeta al pecho mediante el

kaichel ó disco prendedor de plata fina.

El hombre ha adoptado también algunas prendas del gaucho argentino: usa amplio calzoncillo, *chiripá*, camisa, sombrero y botas que asegura bajo la rodilla con vistosas ligas de lana, confección de las mujeres indígenas.

Éstas, cuando jóyenes, se adornan á su manera, según su idea estética: gastan grandes aros de plata, de manipulación tehuelche; gastan sombreros hechos de junco y bayeta, con abalorios y laminitas de plata, sombreros que se asemejan á los muy conocidos de la China ó más bien á esos platos ó recipientes que emplean los mineros para el lavado de arenas auríferas.

Dada la manera de vivir de la mujer, al hablar de sus adornos me parece natural hacer mención de su “montura”. Es en ésta que despliega el mayor cuidado y lujo, y basta la inspección del arreo para juzgar del bienestar de cualquier “china” joven.

Suele ser considerable el número de mantas

y cojinillos que las más ricas y coquetas disponen con cierto arte sobre los grandes bastos pintados y á veces con cabezadas de plata laminada. Mas no se piense que esos tejidos de confección indígena sean mostrados de diario en los hogares, ó que se utilicen en las camas. Nada de eso, cualquiera que sea su valor, se guardan arrollados en la parte posterior del toldo, y cuando muere quien los posee, se les arroja al fuego sin titubear. Tal es la antigua costumbre.

Hombres y mujeres se pintan el rostro, y estas últimas con más frecuencia. Emplean colores minerales (ocres) que fácilmente obtienen de los barrancos terciarios ú hondonadas del país.

La pintura roja es la más usual; en seguida la negra, y luego la blanca. La primera es la de los regocijos, la otra expresa duelo, y la blanca parece haber tenido en otra época una significación guerrera.

Todos estos colores son preparados con

grasa de guanaco, y se les conserva en tarros pequeños

El tatuaje, que ellos llaman “chaine”, es de uso común y puede observarse en casi todas las mujeres de alguna edad. La operación es dolorosa, dicen, cuando se hace en el pecho,—pero apenas sensible en los brazos ó en las manos. El instrumento que se emplea es casi siempre una aguja de enjalme, y el dibujo poco vario: círculos, cruces y rayas paralelas.

Aunque no tengo seguridad de ello, creo que tal costumbre expresa un sentimiento de duelo, como lo expresan las heridas que las mujeres suelen hacerse en la piel con ayuda de cualquier instrumento cortante.

XI

Si es un hecho que el medio físico-climatológico imprime en el hombre el sello de su carácter, es indudable que esta ley natural se manifiesta en la familia tehuelche.

El habitante de Patagonia es la expresión moral y física del país en que vive. Su taciturnidad, su inconstancia locativa, su lenguaje aglutinante, rudo como los silbos del viento; su misma hospitalidad, su poca cultura, sus supersticiones, su régimen alimenticio, su manera de vestir, y hasta el aire encorvado é indeciso en el andar, son las resultantes de aquella influencia fatal.

En este orden de ideas se comprende perfectamente que el tehuelche carezca, como carece, de toda industria, de todo arte. La mujer sabe hilar y tejer la lana, pero su aprendizaje es de ayer no más; lo debe á la araucana.

No cultiva la tierra, tampoco tiene ganados. Vive nómada y á caballo como un centauro, y desde su niñez hasta que muere, no hace más que cazar, y lo hace para alimentarse y vestirse.

El guanaco y el avestruz son la base casi exclusiva de su alimentación, y la “picana”, ó parte posterior, los alones y el buche de este último, constituyen el manjar predilecto. Ape- tecen también la carne de yegua, se regalan con un pequeño armadillo, muy abundante al norte del río Santa Cruz, cazan la liebre campestre en las mismas latitudes, y no desperdician las aves de laguna, los gansos, los patos, las avutardas.

Estas últimas les brindan abundante cosecha de huevos, pero prefieren los de avestruz,

que comen casi siempre asados al rescoldo, sin preocuparse en lo mínimo de si están ó no incubados.

No comen pescado, ni tampoco cerdo. Estos dos animales son considerados como inmundos, manifestando para ellos una repugnancia invencible.

¿Cuál es la razón de tan extraña preocupación?

Nada he podido dilucidar, [pero me inclino á creer que en lo primero obedecen á una superstición relacionada con el mito de El-lal.

Ese régimen plástico es el permanente, pero á veces echan mano de las hojas y peciolo del *taraxacum* ó achicoria silvestre, y extraen de los parajes húmedos, unas raíces ó tubérculos azucarados y blancos que ellos llaman *jaye* ó *péchoro*, según sean cortos ó largos, prefiriendo los primeros que indistintamente comen crudos ó ligeramente tostados al rescoldo.

Gracias á las relaciones comerciales fre-

cuentos que mantienen con los cristianos, desde cuarenta años á esta parte, han introducido en su alimentación algunos artículos de que hoy no pueden prescindir, como la yerba-mate, el azúcar y la harina.

También hacen uso del café, pero nada prefieren tanto como el alcohol, de cualquier especie y calidad que sea, y para obtenerlo no omiten sacrificio alguno.

Aguardiente, Cognac, Ginebra. He ahí la triada á que rinde culto el tehuelche moderno; he ahí la obra de la civilización; he ahí la causa más poderosa de la extinción rápida de tan noble raza.



La caza es casi diaria, y constituye, como ya lo he dicho, la primera y más importante ocupación de los tehuelches. En ella toman parte todos los hombres aptos, y á veces sólo

quedan en los toldos los enfermos y los niños pequeños. La elección del paraje en que ha de cazarse, es siempre anticipada, con frecuencia discutida, ó dejada al arbitrio del “capitán del campo”, designación que se da sino al mejor cazador, al más hablantín, al más estusiasta ó exigente.

Desde muy temprano recogen las caballadas; enlazan luego los flacos rocines ó los briosos redomones; echan sobre éstos las enjalmas de madera de roble que ellos mismos confeccionan, y en parejas ó uno detrás del otro van á reunirse en un sitio dado, que es propiamente el punto de partida. De ahí toma cada uno la dirección que más le cuadra, ó la que el “capitán de campo” le indica; y andando ora al trote, ora al galope, forman un círculo enorme que poco á poco van estrechando. Así consiguen encerrar un gran número de animales, que huyen de todos lados hacia el centro del “cerco”, y en brevísimo tiempo, sin esfuerzo ni fatiga, les cojen

con boleadoras, y ayudados por numerosas cuadrillas de perros, siempre escuálidos, pero rápidos, de razas diversas, en su mayor parte semigalgos importados del Rio Negro.

Suele ser enorme el número de guanacos y avestruces que aprisionan de esa suerte, y luego se dan tal maña en despanzurrarlos, y disponerlos sobre los “recados”, que hay cazador que regresa á su hogar con un guanaco adulto entero y media docena de avestruces. Cuando esto acontece, los *kaus* toman un aspecto de fiesta, sus palos delanteros se inclinan al peso de la carne; chírrian en los fogones las “picanas” y los buches apetitosos; husmean los perros con verdadero deleite; y mientras llega el momento de la comilona, circula el mate de mano en mano, servido por el ama de la *casa*, que se muestra complacida.

¡ Pobres indios! Quien como yo haya asistido á vuestros regocijos de familia, en la hora melancólica que precede á la noche; quien como yo os haya oído decir, que la vida es

“buena”; quién conozca vuestras inquietudes y temores de cada día, ó haya sondeado vuestro corazón infantil, os dedicará como yo un afectuoso recuerdo.

¡Pobres tehuelches! Cuán felices no seríais de nuevo, si al despertar una mañana, alguien os dijese que los hombres blancos se habían marchado para no volver jamás. ¡Ah! sí, lo que os falta, lo que echais de menos, lo que entristece vuestro espíritu es la libertad perdida, la libertad antigua en medio de los campos desiertos, sin el fantasma de la civilización invasora.

Hoy todo ha concluido ó va á concluir para el tehuelche; el pastor le repele, la oveja rumea donde antes lo hiciera el guanaco. Todo está en su contra: los gobiernos le abandonan, y el vivandero cristiano, despiadado, le emborracha para despojarlo de cuanto tiene.

¡Destino fatal!

VOCABULARIO

Y

FRASEOLOGÍA

DE LA

LENGUA TZÓNEKA Ó TEHUELCHÉ

VOCABULARIO

A

- Año. — *Sorr*.
Avutarda. — *Támten*.
Amansar. — *Kámme'n*.
Arrugado. — *Káspat*.
Afuera (exterior). — *Huaye*
Aguja. — *Jol'n*.
Amargo. — *K'tárjn*.
Alisar. — *Guáfenen (?)*.
Argolla. — *Góter (?)*.
Agua. — *Lehe*. — *Ámien* (anticuada).
Ahora. — *Másho*.
Alumbrar. — *Kénghñjesh*.
Asqueroso. — *Ehuéstek*.
Alfiler. — *Ázerr*.
Abuelo. — *Ibay*.

Cansado. — *Huóte'n*.

Cantar. — *Keuórresk*.

CH

Chueca (juego). — *Zanj ó Zánj'e*.

D

Dejar ahí. — *Ikérnoshk*.

Descuerar. — *Kásh-côt*.

Dedo. — *Horre*.

Dientes. — *Orr*.

Desplumar. — *Olmosh*.

E

Estribo. — *Késhon*.

Enojarse. — *Ihaten*.

Exclamación de duda y burla. — *Kóch*.

Espejo. — *Keyôit*.

Entrad. — *Hash'e*

Estornudo. — *Perh'n*.

Escupir. — *Tép'n (?)*.

Entrar. — *Yáshesk.*

Enterrar. — *Kájeshk.*

F

Frutilla (*Fragaria chilensis*). — *Châte.*

Frente. — *Téuk'n*

Frazada (cobertor). — *Shalgue.*

Flamenco (ave). — *Kápenk.*

Flecha. — *Shôt.*

G

Gracias. — *Nákel.*

Gato doméstico. — *Nash'k.*

Gato cimarrón. — *Pe'l'n.*

Guanaco. — *Lailj ó Nau.*

Grueso. — *Daúnk.*

Guanaco chico. — *Corho.*

Golpear. — *Kájesh.*

Grasa. — *Ham.*

Gaviota (*Larus*). — *Coken'n.*

H

Hombre. — *Ahl.*

Hilar. — *Mékej.*

- Higado. — *Guaij*.
Hilo. — *Téi*.
Hembra. — *Chame ó Sémòen*.
Hipo. — *E'kjsh (onom)*.
Hacha. — *Pèlk*.
Hermano menor. — *Igohu*.
Hielo. — *Tharr*.
Helado. — *Potharr*.
Huevo. — *Om'e ó Na*,

I

- Invierno. — *She-yay*.

J

- Juntos. — *Huauri*.

L

- Lanza. — *Huaike*.
Liar (envolver). — *Kójen*.
Loro (*Conurus patagonus*). — *Ka'ka*.
Langosta. — *Chétn'e*.
Lechuza. — *Hámen*.
Lunar. — *Támmene*.

- Lombríz (de avestruz). — *Kaiur*.
Lombríz (de tierra). — *Sháimer*.
Lindo. — *Ktshk*.
Loca (en el sentido de ramera). — *Bébés*.
Loca (en el sentido de aturdida). — *Chop's*.
Levántate. — *Aino*.
Leche. — *Naj*.
Levantar. — *Kerosh*.
Labio. — *Kónken*.

LL

- Llueve. — *Ináshk* (?)
Lluvia, — *Téu*.
Llorar. — *Éeshk*.

M

- Mortero. — *Euke* ó *Köchene*.
Murtilla (Mirtácea). — *Pótenk*.
Muñeco. — *Tapey'on* ó *Sétehuen*.
Matambre. — *Chókel*.
Mentira. — *Társh*.
Mentiroso. — *Tarsh'*, *k'ho*. *Társh-ko*.
Mosquito. — *Télgo*.
Macho. — *K'jey*.

Mañana. — *Nash.*

Marca (de hacienda, á fuego). — *Akérójen.*

Mucho. — *Zeus.*

Mano. — *Tchen.*

Mariposa (Lepidóptero). — *Chélelon.*

Morder. — *Shósk.*

Morir. — *Jameshk't.*

Mojar. — *Chajeen.*

Mandar. — *Omash.*

Mujer. — *She.*

N

No. — *Güigshk ó K'om.*

Noche. — *Ténsh.*

Niño. — *Hámel.*

Nariz. — *Orr'e* (e muda).

Nieto. — *Elkek'n.*

Negro (color). — *Pólnek.*

Nuera. — *Yermshk.*

O

Omóplato. — *Ak'en.*

Ojo. — *Ótel.*

Oreja. — *Sháan* ó *Sha-an*.

Óid. — *Huá*.

Otoño. — *Képenk'e* ó *Kápenk*.

P

Pensar. — *Joomsh*.

Pintura. — *Ajenue-mak*.

Pintarse. — *Keesh'n*.

Pseudo-escorpión (alacrán). — *Térter*

Palma de la mano. — *Káyónk'n*.

Pélvis. — *Goj*.

Pómulo. — *Kóo*.

Pulsera. — *Jéntek*.

Punta. — *Béul*.

Pie (el). — *Alh*.

Pegadle. — *Kajién*.

Perdido. — *Uáitshk*.

Pasado mañana. — *Eun'nash*.

Palpar. — *Siáchesp*.

Primo hermano. — *Y-jeu*.

Prima hermana. — *Jemónshk*.

Perro. — *Jélenue* ó *Uáchene*.

Prestar. — *Toyot*.

Padrastro. — *Ipánk*.

Primavera. — *Yesúmki*.

Pedir. — *Arrna*.

Q

- ¿Qué? (¿Qué cosa?). — *Két.*
Querer (amar). — *Osh.*
Quitar. — *Sheek.*

R

- Retírate (apártate). — *Nishki*
Riendas. — *Joom* ó *Guérrjenue.*
Recado (montura). — *Tassk'e.*
Respirar. — *Jóje.*
Riñón. — *Tap.*
Rótula. — *Tépen'e.*
Relincho. — *Arranshk.*
Rodilla. — *Tép'ne.*
Raspar. — *Jalon.*
Raspador de vidrio. — *Eno* ó *Eén.*
Raspador de piedra. — *Kátu.*
Redondo. — *Korternk.*

S

- Sí. — *Hohn'æ.*
Sifilis. — *Kálch.*

- Soplar. — *Shajo'n ó Shap'n.*
Silbar. — *Shamáishk.*
Sobrino carnal. — *Imehj.*
Salmón (color). — *Paitenk.*
Solferino (color.) — *Góltenk.*

T

- Tarde, Ocaso. — *Gólek.*
Tener. — *Elshk.*
Tripa. — *Lée.*
Tripa gorda. — *Choo.*
Tirar. — *Keiten.*
Talón. — *Terr.*
Tristeza. — *Jómchen.*
Tabaquera. — *Pát.*
Tatuaje. — *Shaine.*
Trueno. — *Karrótn.*
Tocar. — *Karruérrek.*
Tío carnal. — *I-kono'm.*
Toldo (tienda de cueros). — *Kau.*
Tacuara (Bambusa). — *Surúhm.*

U

- Uña. — *Káchuel.*
Usted. — *Aue.*

V

Viento. — *Joshen.*

Volar. — *Jen'sh.*

Víbora. — *Chaknnemên.*

Vejiga. — *Teep.*

Viene. — *Agüe*

Viedma (Lago). — *Kélt.*

Verde (color). — *Jéseltenk.*

Violeta. — *Séjérnek.*

Vaca. — *Choj.*

Vidrio. — *Kat.*

Verano. — *Zórk'n.*

Vos. — *Maye.*

Y

Yugular. — *Chat.*

FRASEOLOGÍA

A

Aulo mon. — ¿ Ya estás ahí ?

Aúr kogen. — Aten pluma.

Arshi mate koshk. — Quiero mucho mate.

Azer'm'huátek. — Se me cayó la aguja.

C

Côtê néshk. — Tengo sueño.

CH

Cheche me ma ó Choche-m-má. — Tienes una.

E

Eu nash lékesk. — Pasado mañana córrese.

Emeshk ya kal'm. — Sí, es mi hijo.

Emesh coosh. — Te quiero.

G

Gene omshkesh ahoniken. — Más tarde sabré
tehuelche (?)

H

Herro chano. — Venid, pues, ó Vamos pues.

Herro kote'n. — Vamos á dormir.

Hare k'shorre josh. — El viento es muy fuerte.

Hueneshk ni she. — Esta es mi mujer.

J

Jénera a-mot. — ¿Quién viene?

Jénera e-mot. — ¿Quién llegó?

Jama-ténshk. — Voy á ensillar.

Jónchespk. — Tengo tristeza ó pena.

Jauke k'óchon. — Dos cargueros.

Jelenue pai ma. — Cásate con un perro.

K

Kómeske-nijats. — No quiero comer.

Keilhemot. — Dame agua.

Kene-m'iame. — ¿Cómo se llama?

Ketesh k'cahuel ma. — Tu caballo es muy lindo.

Kénemo paijen ma. — ¿Dónde está tu cuchillo?

Kénemo paijen ya. — ¿Dónde está mi cuchillo?

Kosmeshknicote's. — No quiero dormir.

Kénguejshk yeike. — Vislumbre del fuego.

Kénguejshk lehe. — Vislumbre del agua.

Kólken gagüe. — Arrea los caballos (imperativo).

Kélmeksh gagüey. — Llevar caballo de tiro.

Kómeshk ni omk'n. — No sé lo que es.

Keu máurek'ye. — Déjalo allá.

Mone k'ye. — Pónlo allí.

Kénemeyashen. — ¿Cuál es la mía?

Kápeshk guenigue'n. — ¿Está apretada la cincha?

Kékel tershk ténon. — La noche es muy larga.

Kólsh m'tn jelenue. — Está aullando un perro.

Kene kernen amot. — ¿De dónde viene?

Kenkaik'n hamel ma. — ¿Cuántos hijos tiene V.?

L

Lee kápenshk. — Trae agua.

M

M'carrhe jamsh. — Está por morir (?).

Mat güenen pey. — Por qué no estás callado?

Maitene mak. — Hazlo de nuevo ó sírvelo de nuevo.

Ma éyot choche fósforo. — Tú me das un fósforo.

N

Nash-eshúaenk. — Mañana me voy.

Nash-ékeen. — Ayer llegaron.

O

Okarejats. — ¿Quieres comer?

P

Potarhésk. — ¡Está helado ó escarchado!

¡Cómo no!

Patshango. — ¡Está fresco! ¡Cómo no!

Q

¿Quéteksh eyóshs?. — ¿De qué te ríes?

S

Saihueshk'nos kau. — Hace calor en el toldo,

Sorno oye'n. — Ensille ligero.

SH

Sháuunk kénghenkin. — Día de calma.

Shégüenon mâ huan. — Luna nueva.

T

Tash'me. — Es mío.

Teu's'inashpek. — Está lloviendo.

Tárjén'k'leesh. — Tomar mate amargo.

U

Uëñemen hunkál'm. — ¿Este es tu hijo?

Uaingsh. — ¿Cómo está?

Uaingsh téns. — ¿Cómo está esta noche?
buenas noches.

Uhshjatiéspshk. — Estamos comiendo.

Y

Yashk ai téyot. — Dadme fuego ó el fuego.

Yam'ishk cigarro choche. — Yo te doy un cig
rro.

Ya achrt lesk. — Yo tomo mate.

Yonineu yergüe. — No le asustéis.

Yjatiéspshk. — Estoy comiendo.

Yhateshk. — Se enojó.

Yaten ekéleshk. — Se está por enojar.

Z

Zeusk'telgo. — Muchos mosquitos.

NUMERALES

Choche	I
Jauk.....	2
K'ásh	3
Kágue.....	4
K'zten.....	5
Huenakash.....	6
K'ooke.....	7
Huene kague.....	8
Jamaktzen	9
U'kaken.....	10
Choche kaur	11
Huame kaur.....	12
K'ash kaur	13
Kague kaur	14
K'zten kaur.....	15
Huenakash kaur.....	16
K'ooke kaur.....	17
Uenakague kaur.....	18
Jamaktzen kaur	19
Huamenuokaken	20
Huamenokaken choche kaur....	31
Pátak'a	100
Choche k'pátak'e.....	101

